

INFORMÁTICA / 75

El magnate Bill Gates visita España en un apretado viaje relámpago



ENTREVISTA / 78

«Me fijo en las mujeres que le plantan cara a la vida», dice **Sara Baras**

LITERATURA / 81

Espido Freire indaga en el lado oscuro del alma en el libro 'Juegos míos'

Y ADEMÁS...

SANIDAD / 75

Afectados de sida acusan a la Sanidad vasca de negarles el acceso a una nueva medicación

El PP dice que el Gobierno «ha dado una bofetada a los enfermos» al alegar falta de fondos y promover al mismo tiempo una nueva sede en Bilbao

AVVENTURA / 76

Los tripulantes de la nao 'Victoria' enganchan un calamar gigante en su travesía del Atlántico

La réplica del barco de Elcano navega a cinco nudos de media en los alisios y prevé llegar a Cartagena de Indias el próximo día 9 de diciembre

TELEVISIÓN / 88

«Espero ser yo misma, sin parecerme a nadie», asegura María Isabel, la representante española en Eurovisión junior

La cantante de nueve años buscará la victoria en la gala de Lillehammer (Noruega) que será retransmitida esta noche en directo por TVE I

ciones territoriales. Arqueólogos como Israel Finkelstein y Ze'ev Herzog, ambos de la Universidad de Tel Aviv, son tildados por los más fundamentalistas de enemigos de Israel porque mantienen que los Patriarcas –Abraham, Isaac y Jacob– son personajes de leyenda, que no hubo un periodo de esclavitud en Egipto ni un éxodo, que los israelitas no conquistaron Canaán por las armas, que no existió una monarquía unificada –que abarcara todo Israel– en tiempos de David (1005-970 aC) y Salomón (970-931 aC), que el culto a Yahvé como único dios se impuso muy tardíamente...

«La mayoría de las personas que formaron el primitivo Israel eran gentes del lugar –las mismas a las que vemos en las tierras altas a lo largo de las edades del Bronce y del Hierro–. En origen, los primeros israelitas fueron también –ironía de ironías– ¡cananeos!», explican en su libro Finkelstein y Silberman. Hasta hace unos años, los hallazgos arqueológicos se acomodaban a los hechos bíblicos: si se desenterraban restos de grandes construcciones, se atribuían a Salomón. Ahora, hablan las piedras y los documentos. Los archivos egipcios y mesopotámicos han servido para establecer una cronología, pero no incluyen ni palabra del supuesto esplendor de las cortes de David y Salomón, ni de ninguno de los episodios más famosos de la Biblia. Las piedras han demostrado, por ejemplo, que el Jerusalén de David y Salomón no fue la gran capital bíblica, sino un pequeño pueblo.

El hallazgo de la cueva del Bautista ha sido una serpiente más en un verano en el que se han encontrado la Atlántida en Cádiz y una nave extraterrestre en Siberia, ha partido la enésima expedición en busca del Arca de Noé y se ha detectado la primera señal de radio de una civilización alienígena. «En verano no hay noticias y hay que llenar las páginas de los diarios», argumenta Borrell. Silberman lamenta «el entusiasmo de los medios de comunicación, los editores y algunos arqueólogos por aunar esfuerzos para promocionar lo que sólo puede calificarse de arqueología bíblica sensacionalista».

Dos reinos para un único pueblo elegido

«Hacia el final siglo VII aC, durante unas pocas décadas extraordinarias de ebullición espiritual y agitación política, un grupo inverso de funcionarios de la corte, esribas y sacerdotes, campesinos y profetas judaítas se unió para crear un movimiento nuevo cuyo núcleo fueron unos escritos sagrados dotados de un genio literario y espiritual sin parangón, un relato épico entrelazado a par-

tir de un conjunto asombrosamente rico de escritos históricos, memorias, leyendas, cuentos populares, anécdotas, propaganda monárquica, profecía y poesía antigua», dicen los autores de 'La Biblia desenterrada'.

Ocurrió en tiempos de Josías (639-609 aC), rey del sureño Judá, cuya capital era Jerusalén. Durante la mayor parte de su historia, Judá había vivido a la sombra del reino del norte, el más rico y poblado Israel. Eso cambió cuando los asirios conquistaron Israel en el siglo VIII aC y Judá recibió gran cantidad de refugiados. Cien años después, los asirios se retiraron del norte y los judaítas vieron el camino libre para su expansión. Para justificar sus pretensiones –unir a los israelitas en un reino gobernado desde Jerusalén–, crearon un pasado común glorioso para todos los hebreos, hicieron de su antiguo rival –Israel– el reino del pecado, borraron de la memoria a otros dioses que habían adorado y convirtieron a Yahvé en el único.



EL MÁS JUSTO. El rey Salomón, en el juicio por la maternidad del bebé de una prostituta. / GUSTAV DORÉ

cio, de los muchos que hay, menciona nada de esto. La acción se sitúa en tiempos de Ramsés II (1304-1237 aC). Sin embargo, «los detalles más evocadores y geográficamente más coherentes del relato del éxodo proceden del siglo VII aC», destacan Finkelstein y Silberman. Huir del ejército del faraón hubiera sido imposible para un grupo de desheredados que, de conseguirlo, se habría enfrentado después a las guarniciones egipcias del Sinaí y Canaán. Por si eso fuera poco, los israelitas no dejaron rastro de su larga estancia en el desierto.

La conquista de Canaán

El pueblo de Israel, dirigido por José, conquista Canaán, donde hay

«ciudades grandes, con murallas que llegan hasta el cielo» (Deuteronomio 9, 1). «La famosa escena de las fuerzas israelitas marchando con el Arca de la Alianza en torno a la ciudad amurallada y provocando el derrumamiento de los poderosos muros de Jericó al son de

las trompetas de guerra era, por decirlo sencillamente, un espejismo romántico», indican Finkelstein y Silberman, tras explicar que el Jericó del siglo XIII «era pequeño y pobre, casi insignificante, y, además, no había sido fortificado». Muchos enclaves que se citan en

el texto no estaban habitados en aquella época. La conquista de Canaán no sucedió en el mundo real.

David y Salomón

Hubo una época en la que Israel, bajo David y Salomón, se extendió desde el río Eúfrates hasta Gaza,

según la Biblia. Durante el siglo X aC, Jerusalén llegó a ser una gran ciudad en la que Salomón construyó un palacio y un templo donde adorar a Yahvé. Esa monarquía gloriosa no encaja con lo descubierto por los arqueólogos. «Está claro que el Jerusalén de la época de David y Salomón fue una ciudad pequeña, quizás con una ciudadela para el rey, pero en ningún caso la capital de un imperio como dice la Biblia», asegura Ze'ev Herzog. «Desde un punto de vista político, **David y Salomón fueron poco más que caudillos tribales de la serranía cuyo alcance administrativo no superó un ámbito bastante local**, limitado al territorio montañoso», coinciden Finkelstein y Silberman.